



Nuestros hijos, quíerese o no, también se ven expuestos a este pernicioso enfoque. Por eso educarlos en la virtud se nos antoja un continuo —y a veces algo frustrante— remar contracorriente.

¿Cómo podemos escapar de esta situación? Bueno, en algunas ocasiones quizá merezca la pena buscar algunas alternativas indirectas. Podría ser que en lugar de coger el toro por los cuernos compense dar de vez en cuando algún que otro capotazo.

PRIMERA PROPUESTA: GUERRA AL ENFADO

La virtud consiste en *hacer cosas buenas pero de forma que, al esforzarnos generosamente y sin tacañerías, nos vayamos haciendo buenos nosotros mismos.*

Esta definición (hay muchas formas de definir la virtud, lo cual no es sino expresión de la riqueza de matices que guarda este concepto) apunta directamente al tema de este apartado. El miedo a la represalia consigue, en el mejor de los casos, que nuestro hijo

haga cosas buenas o, al menos, que evite hacer cosas malas; pero nunca hará de él mejor persona. Del temor a fracasar, del concepto de la vida como un campo plagado de minas, del cuidado en evitar el castigo venidero podemos esperar frutos muy diversos (algunos de ellos resultan adecuados en ciertas circunstancias) pero nunca podrá brotar esa *libertad genuina*

sin la cual es imposible que pueda darse la virtud.

Con esto no quiero decir que usted no deba enfadarse nunca. Hay enfados que no sólo son convenientes sino también necesarios. Pero lo que nunca es conveniente es utilizar el enfado como fórmula habitual, como soporte básico de nuestra pedagogía. El bronquismo impide a quienes lo padecen percibir la virtud como un dominio donde reina la libertad, el señorío y el logro personal. La adicción a la represalia y la querencia del castigador constituyen expresiones disfuncionales que proceden de un comportamiento que, en su falta de equilibrio, roza el ridículo y la caricatura.

Es muy simple: el enfado frecuente nos incapacita para comunicar virtudes porque vuelca en nuestros hijos el amargo sabor de nuestras propias frustraciones.

SEGUNDA PROPUESTA: DISFRUTE DE LA VIDA

Imagine dos comunicadores: uno de gesto triste y deprimido; otro sonriente y satisfecho. ¿Quién piensa usted que

tendrá más éxito? El segundo, ¿verdad? Pero entonces ¿cómo lograr ese aura amena y agradable del buen comunicador? ¿Simplemente a golpe de voluntad, es decir, proponiéndoselo uno mismo? Yo le sugiero tomar una alternativa menos rígida. Y es ésta: relájese y disfrute de la vida.

¿Renuncia? ¿Sacrificio? Sí, porque son piedra angular del amor y miran de frente a la Vida —con mayúsculas— pero siempre con cuidado de no caer en el desprecio al deleite, que también constituye una realidad necesaria y querida por Dios.

¿Disfrute? Sí, pero sin despreciar el sacrificio, que nos recuerda atinadamente que el goce, siempre perecedero, no es lo más importante en este mundo.

Imagínese que usted trabajara para vivir y viviera para trabajar. ¡Pobre de usted! Porque en tal caso habría hecho de su vida una auténtica condena. ¿Es eso educativo? No. Lo que usted quiere para sus hijos es que sean obedientes y trabajadores, pero también que sepan jugar y relacionarse con otros chicos. Si su hijo fuera incapaz de pasárselo bien usted, con razón, se preocuparía. Porque la virtud —viene aquí otra definición— consiste en una *mezcla equilibrada entre disciplina y deleite*. Dicho de otra forma, no hay virtud —ni comunicación de virtud— sin capacidad de disfrute.

TERCERA PROPUESTA: EL ESFUERZO CORRECTO

En un sentido cabal la virtud —y aquí va la tercera y última definición— podría considerarse como la *capacidad de destinar los recursos más preciosos de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad*

a *las mejores empresas*, es decir, a aquellas valiosas realidades que realmente merecen nuestro esfuerzo.

Sin tozudeces pero con firmeza. Sin actitudes acomodaticias. Reflexivamente. Sabiamente. Con ponderación.

La Biblia habla de *corazones extraviados*, que son los que olvidan lo importante y aplican su afán en lograr aquello que es malo o simplemente insustancial. Se trata de personas cuyo sistema moral ha colapsado y se ha quedado “colgado” como un viejo ordenador; aunque lo más grave es que ellos ni siquiera se han dado cuenta.

En cambio el corazón sabio es dócil a la conciencia y sabe siempre cómo actuar para no perder de vista el Norte.

Saber qué es valioso y qué no lo es; prever anticipadamente cuánta energía debo invertir en un asunto para no pecar ni por defecto ni por exceso; dar importancia a lo que es importante; pasar página cuando sea menester; ceder cuando convenga; mantenerse firme cuando la situación así lo requiere; todos estos aspectos caen bajo el concepto de lo que podríamos denominar como «esfuerzo correcto».

El *esfuerzo correcto* es una idea esencial que, si somos capaces de concretarla adecuándola a nuestras circunstancias personales, puede resultar muy poderosa, porque en cierta manera asume y engloba todo lo demás.

En el caso de las dos propuestas anteriores el *esfuerzo correcto* nos impulsará a luchar contra nuestra tendencia al enfado (y, en general, contra cualquier otro defecto nuestro) sin obsesiones ni derrotismos. Comenzando y recomenzando las veces que haga falta.

Y buscará también la medida razonable con la que debemos disfrutar de cada placer, de cada alegría sensible que se presenta al alcance de nuestra mano.

No nos garantiza el *esfuerzo correcto* esa entrega íntegra de la voluntad que es la que caracteriza a esos virtuosos en grado máximo a los que llamamos santos; pero su práctica nos hace consistentes con la virtud y, por así decir, nos pone en camino seguro hacia ella.

Un camino que al final nos conducirá a la deseada meta de la santidad con tal de que no nos permitamos caer en el desaliento.

De la mano del *esfuerzo correcto* viene lo que los clásicos denominaron *eubulia* (*consejo*) y que, en el caso que aquí nos ocupa, equivale a poder comunicar de forma eficaz dentro de la familia ese precioso tesoro que es **el amor a la virtud**. Una comunicación que se materializa de forma preferente no con sermones paternos y sí a través de actos concretos y personales (que suelen ser más elocuentes).

Y, hablando de elocuencia, quizá no haya nada más educativo para los hijos que saber que sus padres —porque ellos siempre acaban sabiéndolo— se esfuerzan en esa noble y humilde aspiración a la virtud que caracteriza al esfuerzo correcto.



CONCLUSIÓN

En las relaciones entre personas libres y, en particular, en el ámbito de la comunicación de virtudes no existen métodos infalibles que garanticen esos buenos resultados a los que legítimamente aspiramos. Pero eso no significa que debamos quedarnos con los brazos cruzados. Más bien al contrario: estoy convencido de que nada merece más la pena que actuar —pero siempre con respeto y prudencia— para que tanto nosotros mismos como aquellos a quienes amamos se acerquen a la virtud.

Y sin duda en esa actuación tendrán un papel preponderante la paciencia que nos aleja del enfado; la alegría de vivir la vida con sencillez y naturalidad; y, muy particularmente, el humilde tesón de quien persevera sin aparato ni espectáculo externo en su intención — íntima, firme y callada— de hacer bien las cosas.

Mariano Rodríguez López



DIOS ESPÍRITU SANTO

¡Si conocieras el Don que Dios Padre y Dios Hijo enviaron a tu corazón! ¡Si me conocieras!

Soy el **huésped de tu alma** desde el día en que te bautizaron, y lo seré siempre, a no ser que me arrojes por el pecado mortal. Y donde está una Persona de la Trinidad están las otras dos: somos inseparables. Tienes en tu corazón a la Santísima Trinidad. Y nosotros te tenemos en el nuestro.

Soy el **Dador de Vida**. El día de tu Bautismo entré en tu alma, borré de ella todo pecado, y te di la vida nueva

de los hijos de Dios, te convertí en otro Cristo, miembro de la Iglesia. Y el día de tu Confirmación sellé tu alma con una fuerza especial para que pudieras ser testigo de Cristo.

Soy tu **Paráclito**, tu consejero, tu maestro, tu guía, el que te consuela en las penas, el que va siempre contigo para orientarte con su luz en el camino de la vida.

Soy el **Espíritu de Cristo**: estoy en ti para ayudarte a seguir a Jesús y a identificarte cada vez más con Él, porque en el cielo solo entran los que a Él se parecen.

